

La lengua bearnesa

Gabriel Artigue

Madrid, 13 de septiembre de 2005

El título de esta nota bien podría haber sido “La lengua gascona” o “La lengua occitana”. Persigo aquí, entre otras cosas, informar de la situación lingüística de la región de manera que cada cual escoja la denominación que le resulte más apropiada y, lo que es más importante, con conocimiento de causa. Es de señalar, desde ya mismo, que no existe ningún organismo oficial, es decir, con el respaldo de algún Estado, que imponga una denominación (ni normas de cualquier tipo) a la lengua que nos ocupa. También, la variedad de denominaciones no debería sorprendernos a nosotros, hablantes nativos de la lengua de Cervantes, ya que esta lengua es denominada tanto “lengua española” como “lengua castellana”.

Pero el panorama es mucho más complejo al tratar de la lengua bearnesa. Es incomparablemente más complejo, y habrá que intentar ensanchar las miras para poder comprenderlo.

El primer paso será enmarcar la lengua bearnesa en su contexto. Voy a emplear aquí la noción de “árbol genealógico” de las lenguas, aunque, como lingüista, puedo afirmar que esta visión de la filiación de las lenguas ya no es empleada por los lingüistas serios de nuestros días. Pero ofrece la ventaja de que, al expresarse uno en los términos de la teoría del árbol genealógico de las lenguas, será fácilmente comprendido aún por quien no sea lingüista profesional o de formación. En efecto, de esta teoría todos hemos oído hablar, de una forma u otra, por lo menos al oír acerca de la familia románica de lenguas, la familia germánica, la familia indoeuropea, etc.

Si bien al aplicar el rigor moderno esa teoría hace agua, la emplearé simplemente a los efectos de ser fácilmente comprendido. De otra manera, este texto se volvería un soliloquio insoportable sobre la validez o invalidez de esa teoría.

Simplificando, pues, las cosas, la lengua bearnesa se enmarca en el contexto de la lengua occitana. Pero no se enmarca directamente en ella, sino que lo hace de manera mediada por la lengua gascona.

La lengua occitana es hablada en nuestros días en el territorio de tres Estados nacionales. Casi todo el sur de Francia es occitano, y a este vasto territorio hay que sumar otros dos, pequeños: las Valadas Occitanas (Valles Occitanos) de Italia, y el Val d’Aran (Valle de Arán) en España, integrado en la Comunidad Autónoma de Cataluña. La lengua occitana está en vías de desaparición, y desaparecerá como lengua conversacional si es que no se hace un esfuerzo por revertir la situación. Hoy en día el occitano tiene hablantes nativos sólo mayores de cuarenta años de edad. Esto se refiere también, naturalmente, al bearnés. Hay esfuerzos, lamentablemente no masivos, por recuperar la lengua, y hay jóvenes que la estudian y la hablan, pero ya como segunda lengua (normalmente son francófonos).

La primera subdivisión de la lengua occitana es en seis partes componentes, y es la siguiente: en el este del dominio, el provenzal; en el centro-sur, el lengadociano; en el oeste, el gascón; al norte del gascón, el lemosino, ya en los límites con la lengua de oïl; en la zona centro-norte, el auvernhat; y por fin el aupenc, o alpino, en los Alpes.

Había dicho que el panorama es complejo, y ahora quedará más claro el por qué. Primero, no hay consenso en categorizar al provenzal, lengadociano, gascón, lemosino, auvernhat y aupenc como lenguas separadas, o como dialectos del occitano – o lengua de òc. Evitaré también esa discusión aquí para no cambiar radicalmente el tema de este artículo. No hay consenso en general sobre lo que diferencia a una lengua de un

dialecto, por lo que no es de extrañar que sea problemático aplicar estos dos conceptos – lengua y dialecto – al ámbito occitano. Hay, sí, consenso en determinar que los criterios para separar lo que se considera lengua de lo que se considera dialecto no son *lingüísticos*, sino que obedecen a otro tipo de factores, a factores extralingüísticos, como pueden ser históricos y políticos, fundamentalmente. Si un “dialecto” se habla en una zona con autonomía o incluso independencia política, es “elevado” al rango de lengua. Para dar ejemplos de otras zonas del mundo: el moldavo se considera lengua porque existe una República de Moldavia, pero lingüísticamente no se lo puede diferenciar del rumano. Existe la lengua macedonia porque existe una República de Macedonia, pero su unidad con el búlgaro es innegable.

Para aumentar la complejidad, hay autores que incluyen al catalán como el séptimo componente del occitano. Hay, ciertamente, una gran afinidad lingüística entre el catalán y el occitano: ambas lenguas forman, juntas, un subgrupo dentro de las lenguas románicas. Pero la opinión de los hablantes también pesa: los catalanes, que gozan de cierta autonomía, decidieron deslindarse de los occitanos y dejar de ser vistos como tales.

Sigamos complicando. Hay otros autores que consideran que el gascón *no* forma parte del occitano, por lo que a la lengua de òc le quedan sólo las otras cinco hablas o dialectos: el provenzal, el lengadociano, el lemosino, el auvernhat y el aupenc. En efecto, el gascón se aleja bastante, lingüísticamente, del resto de las cinco hablas occitanas.

¿Dónde establecer los límites lingüísticos más allá de los cuáles un dialecto se emancipa y deviene lengua? La respuesta a esta pregunta siempre será subjetiva, y no podrá ser sino subjetiva. Los lingüistas evitan responderla *porque es una pregunta mal planteada*. Ha quedado dicho ya que los criterios para separar una lengua de un dialecto son históricos o políticos. El serbio y el croata son mutuamente inteligibles, pero son dos lenguas aparte, y quizás pocos miembros de ambas comunidades aceptarían una denominación común para las dos lenguas (o variedades de una misma lengua mayor). Probablemente el chino mandarín hablado y el chino cantonés hablado *no* sean mutuamente inteligibles, pero chinos y extranjeros incluyen esas hablas dentro del idioma chino. A lo que hay que añadir que la mutua inteligibilidad se da, en realidad, no entre lenguas o dialectos, sino entre *personas*.

Hemos llegado al gascón, como lengua aparte para unos, como integrante del occitano para otros. El gascón, a su vez, se compone también de diferentes dialectos o hablas. Algunas de éstas son: el bigurdano, el bayonés, el bearnés, el landés, o el aranés, entre otras. Así llegamos a la lengua bearnesa: la lengua hablada en el Bearn.

Hoy la Gascuña no es una unidad política, y ni siquiera administrativa del Estado francés. Además, en el pasado sus fronteras variaron de un período a otro. Por ello actualmente se define Gascuña desde el punto de vista lingüístico. Las fronteras de este país son, así pues: el río Garona, el Océano Atlántico y los Pirineos (excluyendo al País Vasco francés), conformando, *grosso modo*, un triángulo.

¿Por qué a veces se menciona a la lengua hablada en Bearn como “lengua bearnesa” en vez de “lengua gascona” o “lengua occitana”? Aparte del bearnés y del aranés, no sé de otras hablas gasconas que hayan sido elevadas al rango de lenguas. No he oído hablar seriamente de una “lengua landesa”, por ejemplo. La respuesta, una vez más, no es lingüística, sino política. El bearnés y el aranés tienen en común el ser lenguas de territorios que tienen, o tuvieron, independencia o autonomía política o administrativa. El Valle de Aran goza de cierta autonomía dentro de Cataluña, y allí el gascón, o lengua aranesa, es oficial junto al castellano y el catalán.

El Bearn conservó su independencia hasta 1620, y por ello al gascón hablado allí es denominado *lengua* bearnesa. Gascaña fue anexada definitivamente por Francia en 1453, con la excepción del pequeño territorio de Aran – una “anomalía” en el mapa político de los Pirineos, por ser un territorio gascón que jamás perteneció a Francia – y del Reino de Bearn.

La primera mención del Bearn data del siglo nueve, cuando es mencionado como un Vicecondado. En el siglo 13 pasa a manos del Condado de Foix, conformando un territorio discontinuo, ya que en medio está la Bigorra. Desde el Bearn hubo intentos de conquistar Bigorra que, como la mayor parte de Gascaña por entonces, estaba en manos de Inglaterra. El Borbón Henrique IV era conde de Bearn y rey de Francia, y a su muerte el Bearn queda definitivamente anexado a Francia. Desde 1620 se impone el francés como la lengua oficial del Bearn, lengua que hasta entonces era una lengua extranjera, es más, la lengua de una potencia extranjera anexionista.

Hasta el año 1620, pues, ese pequeño reino gascón, el Bearn, gozó de autonomía, y es esencialmente por ello que el gascón hablado allí fue y es llamado lengua bearnesa. Hasta 1620 el gascón fue la lengua oficial de un estado soberano e independiente.

El gascón

¿Existe la “lengua bearnesa”? Otra vez estamos ante una pregunta mal planteada. En cierto sentido, es evidente que existe, pero en otro – interesante – sentido, parece ser que no.

Es evidente que si determinamos un territorio con criterios geográficos, y a ese territorio le damos un nombre, la lengua hablada en ese territorio podrá recibir el nombre de éste. Así, si el Bearn abarca un territorio que tiene límites conocidos, podemos tomar una definición meramente geográfica y denominar “lengua bearnesa” a lo que se habla en él. Es una definición meramente geográfica.

Es posible proceder de esta manera. Pero cabe hacerse la pregunta: ¿es relevante desde el punto de vista lingüístico definir de esta manera la lengua bearnesa? Y entonces comprobaremos que poco hay de exclusivamente bearnés. En efecto, la manera de hablar del Bearn se va transformando, en un degradé imperceptible, en las maneras de hablar de los territorios gascones vecinos: Bigorra, Vic-Bilh, Chalosse. Por otra parte, el gascón hablado en Bearn no es uniforme ni monolítico: el gascón hablado en los Pirineos bearneses tiene ciertos rasgos lingüísticos comunes con el aranés, como ser el artículo definido *montañés*, rasgos que son desconocidos en el norte del Bearn. El sintagma *er'ostau* (“la casa”) puede ser perfectamente bearnés de las montañas, o aranés. Y el sintagma *l'ostau* (también, “la casa”) puede ser bearnés del llano, pero también puede ser perfectamente bayonés, landés, armañaqués, etc.

Vemos así que hay en realidad un entramado, o una verdadera maraña, de rasgos lingüísticos que se entrecruzan. No hay, hasta donde yo sé, ningún rasgo lingüístico que sea exclusivo del Bearn y que por ello el bearnés se diferencie del resto del gascón. (Es posible que haya algún elemento léxico, o lingüístico en general, que por casualidad coincida con las fronteras del Bearn, pero esto no invalidaría mi argumento. Dentro del ámbito de la lengua española, en Uruguay se emplea la palabra “botija” para decir “niño”, rasgo exclusivo del Uruguay hasta donde tengo noticias, pero ese rasgo lingüístico aislado no autoriza a hablar de una “lengua uruguaya”.)

La lengua bearnesa podrá definirse, sí, pero mediante criterios geográficos. Y los criterios geográficos, tan importantes como son para la definición de la identidad de un

pueblo, para el lingüista son criterios arbitrarios. Y recuérdese que el criterio por el que se habla de una “lengua” bearnesa, en vez de dialecto, es un criterio político, que recoge el pasado independiente del reino del Bearn, bastión de la resistencia gascona contra las potencias inglesa y francesa.

Desde el punto de vista *lingüístico*, no hay una identidad bearnesa puramente lingüística. Cada rasgo del habla del Bearn se encontrará solapado en el habla de los territorios gascones vecinos.

Por ello he titulado este subcapítulo “el gascón”. No tendría sentido separar la lengua bearnesa de la lengua gascona.

El gascón, como parte de la lengua occitana, recoge un prestigioso pasado de esplendor literario sin parangón: la obra de los trovadores. Guillermo de Aquitania, considerado el primer trovador, era gascón. El occitano tuvo y tiene una historia asombrosa. Fue la primera lengua neolatina que se alzó hasta competir en prestigio con el latín, la primera en empezar a desplazarlo como lengua de cultura, y la primera lengua romance en ser escrita. Cuando el castellano, el francés, el portugués no tenían forma codificada ni escrita, el occitano se elevó en la Edad Media como una importante lengua de cultura.

El gascón es el occitano hablado entre los Pirineos, el Atlántico y el Garona. Pero es más que eso: tiene elementos lingüísticos exclusivos, no compartidos con el resto de las hablas o lenguas occitanas, que se deben probablemente al sustrato *aquitano*, la lengua del pueblo que habitaba el territorio antes de la llegada de los romanos.

Poco se sabe del pueblo aquitano. Lo poco que se sabe se debe a menciones de viajeros y estudiosos griegos y latinos, como Estrabón, Plinio y Tolomeo. Roma, de la mano de Julio César, ocupa Aquitania. Julio César, afortunadamente para los historiadores actuales, dejó algunos párrafos escritos sobre el pueblo aquitano. Lo que es interesante es que Julio César señala que el río Garona separa a los galos de los aquitanos. En palabras de César, el pueblo aquitano es diferente del galo en su lengua, sus tradiciones, y sus leyes. De aquí se desprende que los galos no son, ni pueden haberlo sido jamás, los antepasados de todos los franceses. Los gascones, bearneses incluidos, no descienden en absoluto de los galos, por más que los libros de historia oficiales se empeñen en convencer a los escolares de lo contrario. (También en la Guayana Francesa, en América del Sur, se enseña en los libros de historia que los galos son los antepasados de los franceses...)

La lengua aquitana no contó jamás con escritura. Han sobrevivido muy pocas palabras de esta lengua, debido a registros o notas tomados por extranjeros. Pero lo interesante es que los pocos resabios de la lengua aquitana que nos han llegado sugieren un parentesco con la lengua vasca. En efecto, no pocos de los rasgos lingüísticos del gascón moderno – incluyendo al bearnés – que no tiene en común con el resto del occitano, los tiene precisamente con el vasco.

El pueblo aquitano estaba conformado a su vez por diferentes pueblos, de los que se ha podido identificar a los siguientes: bigerriones, tarbelli, ausci, cocosates, elusates, garunni, gates, ptiani, sociates, sibulates, tarusates, vocates, boiates, convenae, y vasates. No siempre es posible localizar a cada una de estas etnias en el mapa. Quizás los antiguos pobladores de lo que hoy conocemos como Bearn fueran los tarbelli o los bigerriones.

Es interesante destacar a los ausci (se pronuncia /auski/), los más ilustres de los aquitanos, al decir de Pomponio Mela, dado que sugiere una conexión con los vascos, cuya lengua se denomina *auskara* o *euskera*.

Probablemente hubo una primera romanización o latinización de Aquitania durante la ocupación romana, entre el año 56 y el 409 de nuestra era.

Después de la caída del Imperio Romano de Occidente, invasores germánicos se apoderan del país. Pero en el año 587 los vascos, o vascones, invaden y conquistan Aquitania, y la denominan Vasconia. Es interesante observar que la misma palabra está en el origen de “vasco” y “gascón”, y de “Vasconia” y “Gascona”. Los latinos denominaron *vascones* a los pobladores originarios del territorio. La <v> se pronunciaba /u/ en latín. “Vascones” era el nominativo y acusativo plural de “vasco”. La /u/ inicial de palabras extranjeras daba a menudo en latín /gu/, como por ejemplo en la palabra “guerra”, que proviene del germánico “werra”. Así, de “vasco”, pronunciado /uasko/ (¡cf. ausci!), tenemos la palabra castellana “vasco”, la palabra francesa “Basque”, etc. Pero del nominativo y acusativo plural, “vascones”, pronunciado /uaskones/, tenemos “guascones”, que ha dado “gascones” en castellano, y el singular “gascón”, y en francés e inglés “Gascon”. De igual manera, “Vasconia”, pronunciado /uaskonia/, pronto dio “Guasconia”, y más tarde “Gasconia” y “Gascona”.

Gascona fue un ducado entre el año 602 y 1137. Cuando la duquesa de Gascona, Eleonor de Aquitania, se casó con Luis VII de Francia, Gascona se unió episódicamente a Francia, hasta el año 1152, cuando Eleonor se divorció de Luis VII. En 1154, Eleonor se casó con Enrique II de Inglaterra, y desde ese año hasta 1453 Gascona es una posesión inglesa. El gascón era una lengua de prestigio por entonces, y el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León hablaba y escribía en gascón.

Como quedó dicho más arriba, una importante excepción a la ocupación inglesa de Gascona fue el Bearn, que conservó su independencia hasta 1620, cuando es anexionado por Francia. Hoy en día, toda Gascona, excepto el Valle de Aran en España, está integrada dentro del Estado francés, aunque no es una región administrativa. La actual región administrativa francesa llamada Aquitania es, con el respeto debido sea dicho, una burla histórica, puesto que sus fronteras no coinciden con las fronteras de Aquitania ni con las de Gascona en ningún momento de la historia.

Concentrándonos en el aspecto lingüístico, la occitanización lingüística de Gascona debió de tener lugar entre el 602 y el 1137, durante el período del Ducado de Gascona. Es posible que haya existido un bilingüismo residual, con la conservación del aquitano en algunos lugares: las lenguas no se extinguen de golpe.

Pero lo que sí sobrevivió fue un importante conjunto de rasgos lingüísticos que se encuentran en el gascón, pero no así en las otras lenguas de òc. Algunos de estos rasgos son de origen aquitano y son comunes con el vasco; otros son comunes con el castellano. El castellano y el gascón son los únicos romances que tienen un sustrato importante vasco o vasco-aquitano. Y hay un interesante rasgo lingüístico gascón común con el portugués, que no está satisfactoriamente explicado hasta el día de hoy.

En la fonética, el gascón – bearnés incluido – se caracteriza por lo siguiente.

La f- inicial latina se aspira. Este rasgo aleja al gascón del resto de las hablas occitanas, y lo acerca al castellano. Lat. *forte(m)* da *hòrt* en gascón, pero *fòrt* en occitano central. *Huelha* en gascón es la forma cognada del castellano *hoja*. En gascón el fenómeno puede abarcar la f- latina inicial más consonante llamada “líquida”, es decir, <l> o <r> (aunque no es un fenómeno generalizado). Por ejemplo, lat. *flore(m)* > gc. *hlor*, pero occitano central *flor*. Lat. *fratre(m)* > gc. *hrair*, oc. central *fraire* (en castellano, *hermano*).

No existe el sonido de la /v/, que sí se encuentra en otras hablas occitanas. Este rasgo también acerca al gascón del castellano. *Vita* (castellano *vida*) se pronuncia /bító/, *vin* (cast. *vino*) se pronuncia /bi/ o /bin/.

Estos dos últimos rasgos acercan al gascón y al castellano al euskera, y acaso el fenómeno podría denominarse rechazo o “aversión” por las consonantes labiodentales.

La -ll latina final da -th en gascón: lat. *bellu(m)* > gc. *bèth*, pero en occitano central *bèl*. Sin embargo, la -ll- latina entre vocales se transforma en -r- en gascón: lat. *illa(m)* > gc. *era*, oc. central *ela*, cast. *ella*. Lat. *appellare* > gc. *aperar*, oc. central *apelar*.

En algunos casos la -n- intervocálica desaparece. Lat. *luna(m)* > gc. *lua*, oc. central *luna*, cast. *luna*. Lat. *farina(m)* > gc. *haría*, oc. central *farina*, cast. *harina*. Este interesante rasgo gascón no lo comparte ni con el resto del occitano, ni con el castellano, sino con el *portugués*. Si tenemos que descartar la simple casualidad, este fenómeno plantea una cuestión todavía no resuelta satisfactoriamente por la lingüística: qué tan hacia el este se hallaba la cuna originaria de la lengua portuguesa. (Considérese que el sonido de la /v/ desaparece del portugués hablado en el norte de Portugal, rasgo que lo acerca al gascón y al castellano.)

La r- inicial latina a menudo requiere una a- protética o “de apoyo”. Este rasgo aleja al gascón del resto del occitano y lo acerca al castellano o – mejor dicho, a cierta etapa de la historia del castellano – y al euskera. En castellano ese resultado de la r- inicial latina tuvo poco desarrollo (*arruga* < *ruqa*, *arrancar* < *rancar*, etc.). Por ejemplo, lat. *rota(m)* > gc. *arròda*, oc. central *ròda*. En euskera, el fenómeno es esencialmente el mismo, aunque nuestros vecinos añaden una e- en vez de una a-.

El grupo latino -mb- se simplifica en gascón y en castellano en -m-, aunque se mantiene en occitano central. Por ejemplo, lat. *palumba(m)* > gc. *paloma*, cast. *paloma*, oc. central *palomba*.

En gascón el grupo latino -nd- se simplifica en -n-. Por ejemplo, lat. *fundere* > gc. *hóner*, oc. central *fondre* (en castellano, *derretir*, *fundir*).

A veces el grupo -tr- se simplifica en -t-. Por ejemplo, lat. *nostru(m)* > gc. *nòste*, oc. central *nòstre*, cast. *nuestro*.

El grupo latino -br- se simplifica en -b-. Por ejemplo, lat. *libru(m)* > gc. *libe*, oc. central *libre*, cast. *libro*; lat. *arb(o)re(m)* > gc. *arbe*, oc. central *arbre*.

Se produce una metátesis de -r- en el interior de palabra: lat. *capra(m)* > gc. *craba*, oc. central *cabra*, cast. *cabra*; lat. *dormire* > gc. *dromir*, oc. central *dormir*, cast. *dormir*.

La -l latina que ha llegado a posición final de palabra deviene -u en gascón. Comparte nuestra lengua este rasgo con el provenzal, el lemosino, el auvernhat y el aupenc, no así con el lengadociano u occitano central. Por ejemplo, lat. *filu(m)* > gc. *hiu*, oc. central *fil*, cast. *hilo*; lat. *sale(m)* > gc. *sau*, oc. central *sal*, cast. *sal*.

El grupo latino -ct- no se palataliza en gascón, y da -it-, mientras que en occitano central sí se palataliza, al igual que en castellano. Ejemplos: lat. *lectu(m)* > gc. *leit* o *lieit*, oc. central *lièch*, cast. *lecho*; lat. *nocte(m)* > gc. *nueit*, oc. central *nuèch*, cast. *noche*.

La a- en el grupo latino -act- se vuelve -è- en posición tónica, o -e- en posición átona. En occitano central se conserva esta a-. Por ejemplo, lat. *factu(m)* > gc. *hèit*, oc. central *fach*, cast. *hecho*.

Se conserva la o- en las o- y ho- latinas iniciales en occitano central, como en castellano, y devienen au- en gascón. Por ejemplo: lat. *honore(m)* > gc. *aunor*, oc. central *onor*, cast. *honor*; lat. *odore(m)* > gc. *audor*, oc. central *odor*, cast. *olor*.

Dejando el ámbito de la fonética para abordar la gramática, el gascón es único en el empleo de *partículas enunciativas*. Ni el resto de las hablas occitanas ni el castellano tienen algo comparable, aunque sí el euskera. Se trata de un rasgo heredado del aquitano. Las partículas enunciativas son las siguientes.

Se emplea *que* para la afirmación, y acompaña al verbo de la oración principal (algunos pronombres pueden interponerse entre la partícula enunciativa y el verbo). Por ejemplo: “*que* soi professor”. Este “que”, sencillamente, no se traduce. Esta frase significa, en castellano, “soy profesor”. “*Que* vau tau mercat”, en castellano “voy al mercado”. “*Que* t’envii ua letra”, en castellano “te envió una carta”. Dado que en castellano no hay equivalente de las partículas enunciativas gasconas, este “que”, y las que siguen, *no se traducen*.

Se emplea *be* para la exclamación. Por ejemplo: “*be* parlas plan lo biarnés!”, en castellano “¡hablas bien el bearnés!” o “¡qué bien que hablas el bearnés!”. “*B*’aurí aimat...”, en castellano “¡cuánto me habría gustado...!”.

La partícula *e* tiene varios usos. Se emplea en la interrogación: “*e* vòs?”, castellano “¿quieres?”. Pero se omite cuando el verbo empieza por vocal: “ei atau?”, castellano “¿es así?”.

E también acompaña un verbo en subjuntivo en la oración principal para expresar el *deseo*. Por ejemplo: “*e* venga doman”, castellano “que venga mañana” (expresando deseo), o quizás “ojalá venga mañana”.

En una oración subordinada, *e* acompaña al verbo de ésta cuando el verbo de la subordinada *se aleja* de una conjunción o de un relativo. Por ejemplo: “Quan lo men amic, dont t’aví parlat dela ier, *e* venga, que poiram sortir tots amassa”, traducida al castellano: “Cuando mi amigo, del que te había hablado antes de ayer, venga, podremos partir todos juntos”. Este *e*, simplemente, no se traduce.

E tiene un uso más, esta vez un uso compartido por la partícula *ce* (y sus variantes: *ça*, *ci*, *ço*). Se emplea *e* o *ce* junto a un verbo declarativo en un enunciado parentético. Por ejemplo: “«E’t vòs carar?» *ce*’u digó lo pair au hilh”, en castellano: “«¿Te quieres callar?» le dijo el padre al hijo”. No se traduce *ce*.

Otro enunciativo atañe a la negación. Aquí el gascón tiene un enunciativo discontinuo, que resultará familiar a los hablantes de francés. La negación en gascón se expresa mediante las partículas *ne* (o su variante *non*) y *pas* rodeando al verbo. Sin embargo, un importante rasgo separa la negación gascona de la francesa: en nuestra lengua, el *pas* se conserva aunque siga otra palabra negativa. Por ejemplo: “*ne* voi *pas*”, cast. “no quiero”; “*ne* poish *pas* mei”, cast. “no puedo más”; “*n*’èi *pas* fumat jamei”, cast. “no he fumado nunca”.

Las otras hablas occitanas emplean sólo *pas* después del verbo para la negación.

Es importante señalar que el uso de estas partículas desaparece a medida que nos acercamos al Garona. En efecto, en gascón garonés, a diferencia del bearnés, se dirá “soi professor”, “te vos carar?”, etc. El gascón, de hecho, se convierte casi imperceptiblemente en lengadociano. Al leer a Jacques Boé dit Jasmin, poeta gascón del siglo XIX y oriundo de Agen (en la frontera con el lengadociano), uno casi encuentra más rasgos lengadocianos que gascones.

Respecto a la conjugación verbal, dos características distintivas son dignas de mención.

Primero, cierto uso del presente del subjuntivo que separa al gascón del resto del occitano, y lo acerca al castellano. En gascón se emplea el presente de subjuntivo para expresar el futuro en la oración subordinada, tal como se hace en castellano. Por ejemplo, para decir “quan venga”, cast. “cuando venga”, casi todas las otras lenguas románicas emplearían aquí el futuro de indicativo (el portugués emplea aquí el futuro *de subjuntivo*). Hay que señalar que en algunas conjugaciones del latín clásico el futuro de indicativo se confundía enteramente con el presente del subjuntivo.

Otro interesante rasgo del gascón es la existencia de un tiempo verbal desconocido del resto del occitano, y desconocido también de las otras lenguas

románicas hasta donde tengo noticias. Sólo en gascón existe el *futuro del pasado*. Por ejemplo: “Que digó qu’ac *podore* har”, cast. “dijo que lo podría hacer” o “dijo que iba a poder hacerlo”; “que digón que *torneren* escríver”, cast. “dijeron que volverían a escribir”. Este rasgo no se extiende a toda Gascuña, aunque sí abarca al Bearn. En las otras regiones gasconas, donde no existe el futuro del pasado, en vez de éste se emplea el condicional tal como en francés o castellano.

Para terminar este panorama resumido del verbo gascón, señalemos que existe un imperfecto de subjuntivo que, a diferencia del francés pero a semejanza del castellano, goza de un vivo uso en gascón.

En lo que se refiere a la ortografía las cosas son muy variables. No flexibles, sino variables – y mucho. Como no hay ninguna academia o dependencia estatal (de ningún Estado) que imponga las normas ortográficas a todos los usuarios de la lengua, en los hechos nos encontramos con que *hay varias maneras de escribir el gascón*. La excepción es el aranés, hablado en el único trozo de territorio gascón que forma parte de España, donde hay instituciones oficiales que han normalizado la escritura de esta habla gascona.

Si se me permite la siguiente comparación, ¿cómo habría alguien enseñado a escribir el castellano en la época de Cervantes? El propio Cervantes firmaba “Cervantes”, “Cerbantes” o “Zervantes”. Hoy el castellano tiene una norma ortográfica única, con algunas islas de variabilidad, como por ejemplo <j> vs. <x> en palabras como “Méjico” / “México”, “Tejas” / “Texas”. O para comparar con otra lengua, hay por lo menos dos normas para escribir en inglés el grupo -er final, como en las palabras “center” (norma estadounidense) y “centre” (norma británica).

Pues bien, en el caso del gascón – bearnés incluido, por supuesto – la variabilidad es *muchísimo mayor*. La <n> a veces es muda a final de palabra, y a veces incluso a final de sílaba en interior de palabra. Así, la palabra “tanben” (en castellano “también”), que se pronuncia /tabé/, algunos la escriben “tabé”. Entonces se escribe doble, <nn>, cuando no es muda. El sonido palatal que en francés se escribe <ch>, algunos lo escriben con <x> y otros con <sh>, com por ejemplo “adixatz”, “adishatz”. Hay quienes escriben el gascón con los criterios ortográficos del francés. En vez de escribir “que vau deïshar de béver” (en castellano, “voy a dejar de beber”), que se puede considerar la ortografía clásica, hay quienes escriben “que baou décha dé bébé”, o algo semejante, empleando los criterios de la ortografía del francés. En mi modesta opinión, este criterio no es respetuoso para con el gascón, que tiene una ortografía heredera de una de las más ricas tradiciones literarias europeas, que se remonta a los trovadores. Además, ocasiona dificultades a los extranjeros que quieren aprender la lengua: en efecto, nosotros, hablantes de castellano, deberíamos primero aprender a escribir en francés para ... más tarde aprender a escribir el gascón.

Tiene el gascón una ortografía clásica, heredera de la mejor tradición literaria europea. Pero esta ortografía tiene también sus desventajas. No es muy fonética, y comporta muchas arbitrariedades. Pasaré a describir, pues, algunos de los rasgos de la escritura del gascón.

La letra <a> en posición átona y a final de palabra, representa el sonido /o/, o /ə/, según la región. “Vita” se pronuncia /bító/ (castellano “vida”). Las dos pronunciaciones se encuentran en Bearn, pero en el resto de la Gascuña se puede realizar también /u/ o incluso /a/.

La <a> con acento agudo se pronuncia /o/, aunque este rasgo afecta marginalmente al gascón. Se emplea este grafema para los imperfectos lengadocianos, pero en gascón apenas se lo encuentra en palabras como “páur” (cast. “miedo”), que se pronuncia /póu/, o incluso /pu/.

La <o> se pronuncia /u/, salvo que lleve acento grave. “Poma” se pronuncia /púmo/ (cast. “manzana”). Pero “pòrta” se pronuncia /pòrto/ (cast. “puerta”), con /o/ abierta, y “aquò” (cast. “eso”) se pronuncia /akó/, con /o/ cerrada.

La <r> a final de palabra es muda. Esto afecta a todos los infinitivos, por ejemplo: “cantar” se pronuncia /kantá/, “bàter” se pronuncia /báte/, etc. Pero en ocasiones esta <r> se pronuncia, como en “tor”, /tur/ (cast. “torre”).

La <v> representa el sonido /b/. Por ejemplo, “vita” se pronuncia /bíto/. A final de palabra, y en los pronombres “ve” y “vse”, se pronuncia /p/. “Quin ve va?” (cast. “¿Cómo le va?”) se pronuncia /kin pe ba/.

Las , <d> y <g> finales se pronuncian sordas. Así, “dab” (cast. “con”) se pronuncia /dap/; “caud” (cast. “caliente”) se pronuncia /kaut/; “larg” (cast. “ancho”) se pronuncia /lark/.

La <g> a final de palabra se pronuncia a veces como la <ch> castellana.

La <ch> se pronuncia africada, como en castellano, excepto en las palabras tomadas del francés, en las que su pronunciación es fricativa, como en aquella lengua.

La <nh> representa el sonido de la <ñ> castellana, o del grupo <gn> del francés. En portugués el mismo grafema representa el mismo sonido, y cabe recordar que es el portugués el que imita al occitano en este sentido. Otro tanto se puede decir del grupo <lh>, aunque en gascón puede vocalizarse esta pronunciación (en portugués es de pésimo gusto hacerlo). Por ejemplo, “tribalhar” (cast. “trabajar”), puede pronunciarse /tribalá/ o /tribaiá/.

Un importante rasgo ortográfico gascón, que no comparte ni con el resto del occitano ni con el castellano, pero sí con el catalán, es la inserción de un punto entre <n> y <h>, entre <l> y <h> o entre <s> y <h> para restituir la pronunciación de cada grafema por separado. Por ejemplo, “con.hóner” (cast. “confundir”), se pronuncia /kunuhúne/.

El grupo <rs> se pronuncia /s/. Por ejemplo, “travèrs”, que se pronuncia /trabès/.

La <h> inicial seguida de consonante no se pronuncia. Por ejemplo, “hrai” (cast. “hermano”), se pronuncia /rai/.

El grupo <gn> se pronuncia <nn>, por ejemplo “dignitat” se pronuncia /dinnitát/.

Hay también palabras que se escriben según criterios propios y únicos, y sólo el uso podrá ayudar a aprender cuáles son. En este sentido, la ortografía del gascón se asemeja un poco a la del inglés. Por ejemplo, el ya citado “tanben”, que se pronuncia /tabé/, o “longtemps” (cast. “mucho tiempo”), que se pronuncia /luntéms/, o “disnar”, que se pronuncia /diná/.

He querido dar un panorama somero y general sobre el marco y la historia de la lengua bearnesa, así como sobre la pronunciación, rasgos gramaticales esenciales y ortografía. Espero que sirva como estímulo para llevar a los uruguayos bearneses a reencontrarse con sus raíces.

¿Es el idioma francés representativo del Bearn? No podemos ilusionarnos. El año 1620 quedó muy atrás. El francés, lengua mayoritaria y de prestigio en el Bearn, es representativa de él. Pero así como esta lengua representa al Bearn, representa también a todas las regiones del Estado francés, además de a Bélgica, Suiza, Canadá, Haití, Nueva Caledonia ... y una larga lista de Estados africanos. Siendo representativa del Bearn, la lengua francesa no es en absoluto distintiva de éste. Una imagen del Bearn expresada sólo en francés estará tristemente incompleta.

La vitalidad del bearnés, así como del gascón y el occitano en general, se revirtió de manera dramática en las décadas de los cuarenta y de los cincuenta del siglo XX. Desde entonces, aproximadamente, el francés pasó a ser la lengua general para todos los

ámbitos, incluso en el hogar, incluso en el campo – bastiones tradicionales de conservación de las lenguas autóctonas. Desde entonces el occitano – bearnés incluido – dejó masivamente de emplearse como lengua conversacional.

En la época en la que nuestros antepasados emigraron al Uruguay, el gascón era la lengua generalizada de la conversación, mientras que el francés era la lengua de las élites educadas de las ciudades. Pocos de nuestros antepasados dominarían el francés a la perfección. Algunos de ellos habrían sido monolingües en gascón.

¿Bearnés, gascón, u occitano? Las tres denominaciones son válidas si se sabe lo que se quiere decir con ellas. Se puede hablar de lengua bearnesa porque existió una entidad con autonomía política que autoriza a ello, el Reino del Bearn. Pero la lengua bearnesa no se puede recortar de su entorno gascón, *del que forma parte*. Y el gascón forma parte del occitano (algunos no estarán de acuerdo con esto), aunque tan sólo sea porque “sí” se dice “òc”. Las tres denominaciones son válidas – aunque de ninguna manera equivalentes.

Invito, así pues, a los uruguayos bearneses a reencontrarse con sus raíces.